



EL
PRIORATO
DEL
NARANJO

SAMANTHA
SHANNON

La Casa de Berethnet ha gobernado Inys durante mil años. Aún sin casar, la reina Sabran IX debe concebir una hija para proteger a su reino de la destrucción. Pero los asesinos cada vez están más cerca. Ead Duryan es una intrusa en la corte. A pesar de que se ha posicionado como dama de compañía, es leal a una sociedad oculta de magos. Ead vigila a Sabran, protegiéndola en secreto con magia prohibida. Al otro lado del mar oscuro, Tane ha entrenado toda su vida para ser una jinete de dragón, pero se ve obligada a tomar una decisión que podría romper su vida en añicos. Mientras tanto, el Este y el Oeste siguen divididos. Cada región tiene una religión diferente basada en los sucesos acaecidos mucho tiempo atrás. Los que adoran a los dragones, los que los detestan y quienes adoran al Sin Nombre aparentemente nunca se pondrán de acuerdo. Y las fuerzas del caos se despiertan de su letargo y parecen estar a punto de llegar.

Nota de la autora

Los personajes de ficción de *El Priorato del Naranjo* están inspirados en sucesos y leyendas de diversas partes del mundo. Ninguno de estos lugares pretende ser una fiel representación de ningún país o cultura en ningún momento de la historia.







I. HISTORIAS DE ANTAÑO

Luego vi que un Ángel descendía del cielo, llevando en su mano la llave del Abismo y una enorme cadena. Él capturó al dragón, la antigua serpiente —que es el diablo o Satanás—, y lo encadenó por mil años.

Después lo arrojó al Abismo, lo cerró con llave y lo selló, para que el dragón no pudiera seducir a las naciones hasta que se cumplieran los mil años.

Libro de las Revelaciones, 20, 1-3.

1

Este

El desconocido salió del mar como un fantasma del agua, descalzo y con las cicatrices de su viaje bien visibles. Caminaba como si estuviera borracho por entre la bruma, que se pegaba a Seiiki como una tela de araña.

Las historias de antaño decían que los fantasmas del agua estaban condenados a vivir en silencio. Que la lengua se les había marchitado, al igual que la piel, y que lo único que cubría sus huesos eran algas. Que estaban destinados a merodear por los bajíos, esperando la ocasión de llevarse a los desprevenidos a lo más profundo del Abismo.

Tané había perdido el miedo a aquellas historias nada más superar la infancia. Ahora su daga brillaba ante ella, curvada como una sonrisa, y miraba fijamente aquella figura en plena noche.

Cuando la figura la llamó, se estremeció.

Las nubes dejaron pasar la luz de la luna, hasta entonces oculta. Le bastó para ver quién era. Y para que él la viera a ella.

No era un fantasma. Era un forastero. Lo había visto, y eso ya no podía cambiarlo.

Estaba quemado por el sol, tenía el cabello pajizo y la barba empapada. Los contrabandistas debían de haberlo abandonado en el agua y le habrían dicho que nadara hasta la orilla. Estaba claro que no conocía su idioma, pero Tané había visto lo suficiente como para entender que estaba

pidiéndole ayuda. Que quería ver al Señor de la Guerra de Seiiki.

Tané se sentía como si su corazón fuera un puño que contuviera el trueno. No se atrevía a hablar, porque demostrarle que conocía su idioma sería establecer un vínculo entre ellos, y traicionarse. Revelar que, igual que ahora ella era testigo de su crimen, él también era testigo del de ella.

En aquel momento debería estar aislada. Segura, tras los muros de la Casa del Sur, a punto de levantarse, purificada, para el día más importante de su vida. Y sin embargo ahora había quedado manchada. Marcada, sin posibilidad de redención. Y todo por decidir sumergirse en las aguas del mar una vez más antes del Día de la Elección. Se rumoreaba que el gran Kwiriki se mostraría generoso con quienes tuvieran agallas de escabullirse y salir en busca de las olas durante el aislamiento. Y en cambio a ella le había enviado aquella pesadilla.

Toda su vida había tenido demasiada suerte. Aquel era su castigo. Mantuvo al forastero a distancia con la daga. Viendo ante sí la muerte, él se puso a temblar. Por la mente de Tané pasaron un torbellino de posibilidades, a cual más terrible. Si entregaba a aquel forastero a las autoridades, tendría que revelar que se había saltado el aislamiento.

Quizá no se procediera con el Día de la Elección. El honorable gobernador de Cabo Hisan, aquella provincia de Seiiki, no permitiría que los dioses entraran en un lugar infectado por la enfermedad roja. Podrían pasar semanas hasta que declararan que la ciudad era segura, y para entonces ya habrían decidido que la llegada del forastero era un mal augurio, y que había que dar la oportunidad a la siguiente generación de aprendices, no a la suya, para que se convirtieran en jinetes. Lo perdería todo.

No podía denunciarlo. Tampoco podía abandonarlo. Si realmente tenía la enfermedad roja, dejarle deambular sin que le examinaran pondría en peligro a toda la isla. Solo había una posibilidad.

Le envolvió un trapo alrededor del rostro para evitar que exhalara y transmitiera la enfermedad. Le temblaban las manos. Cuando acabó, lo sacó de la arena negra de la playa y se lo llevó a la ciudad, manteniéndose lo más cerca que le permitía el miedo, apoyándole la punta de la daga en la espalda.

Cabo Hisan era un puerto que nunca dormía. Condujo al forastero a través de sus mercados nocturnos, por santuarios hechos con madera de deriva tallada, por debajo de las tiras de farolillos azules y blancos que se habían colgado para el Día de la Elección. Su prisionero lo miraba todo en silencio. La oscuridad escondía sus rasgos, pero aun así Tané le dio un golpecito en la cabeza con la parte plana de la hoja para que la bajara. Y lo mantuvo todo lo lejos que pudo de los demás. Se le había ocurrido cómo ocultarlo.

Había una isla artificial al norte del cabo. Se llamaba Orisima, y era como una curiosidad para los lugareños. La estación comercial se había construido para dar cobijo a un puñado de mercaderes y exploradores del Estado Libre de Mentendon. Junto con los lacustrinos, que estaban al otro lado del cabo, los ménticos eran los únicos que tenían permiso para seguir comerciando en Seiiki después de que la isla quedara aislada del mundo.

Orisima.

Ahí era donde llevaría al forastero. El puente que conducía a la estación comercial, iluminado con antorchas, estaba vigilado por centinelas armados. Pocos seiikineses tenían permiso para entrar, y ella no se contaba entre ellos. Solo había otro modo para superar la valla, y era la puerta de desembarco, que se abría una vez al año para descargar las mercancías de los barcos ménticos.

Tané condujo al forastero por el canal. No podía colarlo en Orisima personalmente, pero conocía a una mujer que

podría hacerlo. Alguien que sabría exactamente en qué punto de la estación comercial esconderlo.

Hacía mucho tiempo que Niclays Roos no recibía visitas. Se estaba sirviendo un poco de vino —una mínima parte de su mísera asignación— cuando oyó que llamaban a la puerta. El vino era uno de los pocos placeres que le quedaban en el mundo, y estaba concentrado aspirando su aroma, disfrutando del momento antes de dar el primer sorbo. Precisamente ahora tenían que interrumpirle, cómo no. Con un suspiro, se levantó de la silla y soltó un gruñido al sentir el pinchazo de dolor en el tobillo. Solo le faltaba la gota.

Volvieron a llamar.

—¡Sí, hombre, ya voy! —murmuró.

La lluvia tamborileaba en el tejado, y él fue a coger su bastón. «Lluvia de las ciruelas», era como llamaban los seikineses a esta época del año, cuando el aire estaba denso como las nubes y los árboles estaban cargados de fruta. Se abrió paso cojeando entre las colchonetas, maldiciendo entre dientes, y abrió la puerta apenas un centímetro.

Allí fuera, en la oscuridad, había una mujer. El oscuro cabello le caía hasta la cintura y llevaba un vestido estampado con flores de sal. Estaba empapada, demasiado para que fuera únicamente a causa de la lluvia.

—Buenas noches, doctor Roos —dijo ella.

Niclays levantó las cejas.

—Me desagrada profundamente recibir visitas a estas horas. O a cualquier hora. —Habría tenido que saludar inclinando la cabeza, pero no tenía motivo para querer quedar bien con aquella extraña—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo han dicho —dijo, y no parecía que fuera a darle más explicaciones—. Me acompaña uno de tus compatriotas. Se quedará contigo esta noche y lo recogeré mañana al ocaso.

—Uno de mis compatriotas.

La visitante ladeó la cabeza ligeramente y, tras un árbol cercano, asomó una silueta.

—Los contrabandistas lo han entregado a Seiiki —añadió la mujer, mirando por encima del hombro—. Mañana lo llevaré ante el honorable gobernador.

Cuando la luz de la casa iluminó la silueta del hombre, Niclays se quedó helado.

En el umbral de su casa tenía a un hombre de cabellos dorados, tan empapado como la mujer. Un hombre al que nunca había visto en Orisima.

En la estación comercial vivían veinte personas. Conocía a cada uno de ellos, por su rostro y por su nombre. Y no iban a llegar barcos ménticos con gente nueva en mucho tiempo.

De algún modo, aquellos dos habían conseguido pasar sin que los vieran.

—No —respondió Niclays, mirándola—. Por el Santo, mujer, ¿estás intentando implicarme en una operación de contrabando? —Puso la mano sobre la puerta—. No puedo ocultar a un intruso. Si alguien se enterara...

—Una noche —susurró la mujer.

—Una noche, un año... de todos modos nos rebanarán la cabeza. Buenas noches.

En el momento en que se disponía a cerrar la puerta, la mujer introdujo el codo en el hueco.

—Si lo haces —dijo ella, tan cerca que Niclays sintió su aliento en el rostro—, se te recompensará con plata. Tanta como puedas cargar.

Niclays Roos vaciló.

La plata era toda una tentación. Había jugado demasiadas partidas de cartas borracho con los centinelas y les debía más de lo que podría ganar en toda la vida. Hasta ahora, había conseguido aplacar su ira con la promesa de joyas del próximo envío méntico, pero sabía perfectamente que, cuando llegara, no habría ni una maldita joya a bordo. No para alguien como él.

Si hubiera sido más joven, habría aceptado la propuesta sin dudarle, aunque solo fuera por vivir la aventura. Pero antes de que el viejo que había en él pudiera intervenir, la mujer se retiró de la puerta.

—Volveré mañana por la noche —dijo—. No dejes que lo vean.

—Un momento —le susurró, furioso—. ¿Dónde estás?

Ya se había ido. Echando una mirada a la calle, soltó un gruñido de frustración y metió de un empujón en casa al hombre, que parecía asustado.

Aquello era una locura. Si los vecinos se enteraban de que estaba dando cobijo a un intruso, lo llevarían a rastras ante el furioso Señor de la Guerra, que no era famoso precisamente por su capacidad de compasión.

Y sin embargo ahí estaba.

Cerró la puerta con llave. A pesar del calor, el recién llegado estaba tiritando. Tenía la piel de color oliváceo, quemada por las mejillas, y los ojos azules irritados por la sal. Aunque solo fuera para calmarse, Niclays fue a coger una manta que había traído de Mentendon y se la dio al hombre, que la cogió sin decir palabra. Tenía motivos para estar asustado.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Niclays, seco.

—Lo siento —dijo su invitado con voz ronca—. No entiendo. ¿Estáis hablando seiikinés?

Aquello era inys. Una lengua que no había oído en mucho tiempo.

—Eso no era seiikinés —respondió Niclays, usando su idioma—. Era méntico. He supuesto que serías méntico.

—No, señor. Soy de Ascalon —dijo el otro tímidamente—. ¿Puedo preguntarle a quién debo agradecer el haberme acogido?

Típico inys. Siempre tan corteses.

—Roos —espetó Niclays—. Doctor Niclays Roos. Médico cirujano. La persona cuya vida estás poniendo en peligro ahora mismo con tu presencia.

El hombre se lo quedó mirando fijamente.

—El doctor... —Tragó saliva—. ¿El doctor Niclays Roos?

—Felicidades, chico. El agua salada no te ha afectado al oído.

Su invitado cogió aire, aún estremeciéndose.

—Doctor Roos —dijo—, esto es la divina providencia. El hecho de que el Caballero de la Camaradería me haya traído hasta vos, precisamente...

—¿Hasta mí? —Niclays frunció el ceño—. ¿Nos conocemos?

Hizo un esfuerzo por recordar el año pasado en Inys, pero estaba seguro de no haber visto nunca a aquel hombre. A menos que fuera alguna vez en que estaba borracho. Hubo bastantes de aquellas ocasiones en Inys.

—No, señor, pero un amigo me dijo vuestro nombre. —El hombre se secó la cara con la manga—. Estaba seguro de que perecería en el mar, pero verle me ha devuelto a la vida. Gracias al Santo.

—Tu santo aquí no tiene ningún poder —murmuró Niclays—. Dime, ¿cómo te llamas?

—Sulyard. Maese Triam Sulyard, señor, a vuestro servicio. Era escudero en la corte de Su Majestad Sabran Bere-thnet, reina de Inys.

Niclays apretó la mandíbula. Aquel nombre encendió una ira candente en sus entrañas.

—Un escudero. —Se sentó—. ¿Se cansó Sabran de ti, igual que se cansa de todos sus súbditos?

Sulyard se tensó.

—Si insultáis a mi reina...

—¿Qué es lo que harás? —dijo Niclays, mirándolo por encima de las gafas—. Quizá debería llamarte Triam So-lerdo. ¿Tienes idea de lo que les hacen por aquí a los intrusos? ¿Es que Sabran te ha enviado a que sufras una muerte terrible?

—Su Majestad no sabe que estoy aquí.

Interesante. Niclays le sirvió una copa de vino.

—Toma —dijo, rezongando—. Bébetelo todo.

Sulyard vació la copa.

—Bueno, maese Sulyard, esto es importante —prosiguió Niclays—. ¿Cuánta gente te ha visto?

—Me hicieron nadar hasta la orilla. Primero llegué a una cala de arena negra. —Sulyard estaba temblando—. Una mujer me encontró y me llevó a una ciudad a punta de cuchillo. Me dejó solo en un establo... Luego vino otra mujer y me dijo que la siguiera. Me llevó al mar y nadamos juntos hasta llegar a un embarcadero. Al final había una puerta.

—¿Y estaba abierta?

—Sí.

La mujer debía de conocer a uno de los centinelas. Le pediría que dejara la puerta abierta. Sulyard se frotó los ojos. El tiempo pasado en el mar se había cobrado su precio, pero Niclays lo observó y vio que era joven; quizá no tendría ni veinte años.

—Doctor Roos —dijo—. He venido en una misión de la máxima importancia. Tengo que hablar con el...

—Lo siento, pero tengo que interrumpirte, maese Sulyard —intervino Niclays—. No tengo el mínimo interés en saber por qué estás aquí.

—Pero...

—Sea lo que sea, has venido hasta aquí sin permiso de ninguna autoridad, lo que significa que es un disparate. Si el jefe de oficiales te encuentra y te someten a interrogatorio, quiero poder decir con toda honestidad que no tengo ni la menor idea de por qué te presentaste ante mi puerta en plena noche y que pensaba que tenías permiso para estar en Seiiki.

Sulyard parpadeó.

—¿El jefe de oficiales?

—El oficial seiikinés al mando de este vertedero flotante, aunque da la impresión de que cree ser un dios menor, o algo así. ¿Sabes al menos dónde te encuentras?